

El MAC - UNL cumple diez años *por Raúl Santana*

El Museo como Institución nació impulsado por los enciclopedistas franceses en el siglo XVIII, con la misión de preservar y mostrar, obras que fueran paradigmáticas; debía albergar en sus salas todo lo valioso que en materia artística se hubiera producido, lo que significaría una verdadera enseñanza para los pueblos. En aquellos tiempos, el concepto de “belleza” -un conjunto de normas y premisas- facilitaba mediante su aplicación, la valorización de las obras. En la actualidad, algunos museos continúan ostentando aquel espíritu, aunque sería redundante -después de mas dos siglos- decir que las condiciones actuales del acontecer artístico han cambiado -en algunos casos radicalmente- aquel espíritu. Ya en el siglo XX Paul Valery, decía burlonamente refiriéndose al Museo “aún se puede hablar en voz un poco más alta que en la iglesia, pero desde luego más baja que en la vida”.

Por su lado Teodor W. Adorno señaló en su Teoría Estética (lo parafraseo) que si durante algunos siglos, la pregunta en el interior de las artes era ¿Qué es lo bello?, hoy la pregunta debiera formularse ¿Qué es el arte?. Esta afirmación se refiere a la ilimitada existencia en la actualidad, de lo que todavía llamamos los caminos de la creación. Ocurre que la producción artística en el siglo pasado, con la aparición de las vanguardias y en lo que va del XXI rebasó ampliamente a la teoría, es decir, las posibilidades de establecer categorías, son constantemente devoradas -en una vertiginosa carrera- como el propio acontecer artístico.

Dirigir hoy un Museo de Arte Contemporáneo, implica asumir las contradicciones que surgen de la heterogeneidad del arte actual con su desmesurado crecimiento de sincretismos lingüísticos, con su cada vez mayor incorporación de los mas variados materiales, soportes y medios, lo que impide conceptualizarlo como algo unívoco, y menos todavía se podría -frente a esta auténtica Babel- extraer valores paradigmáticos en el antiguo sentido.

A diez años de su creación, reflexionar sobre el Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad del Litoral, implica ante todo, situarlo en el contexto definido en el que transcurre su acontecer, teniendo en cuenta, que todavía conviven en nuestro medio artístico argentino, polarizaciones y conquistas; lo que pervive de los primeros pasos “modernos” y aún de lo anterior con su carga regional y lo que se ha ido incluyendo como legítimas apropiaciones de los últimos movimientos del arte occidental. Esta condición de nuestra actualidad, puso en primer plano, la función formativa y actualizadora del Museo; ella ha sido una actividad permanente de la Institución, como mediadora entre el arte y el público. Más allá de su cara mas visible que son las muestras exhibidas, ha desarrollado mesas y conferencias realizadas por los propios artistas y también por historiadores y críticos. Por otro lado, la conducción del Museo ha sido responsable y amplia frente a la pluralidad artística existente, sabiendo que no se trata de volcarse exclusivamente hacia un sector de la producción sino de ser justa con la diversidad de tendencias estéticas. El Museo tampoco ha sucumbido -como sucede con frecuencia- a las imposiciones del mercado de arte, hoy tan determinante para legitimar obras, mas por su precio que por su valor.

Con saludable cautela, esta primera etapa cumplida por el Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad del Litoral, no ha olvidado, lo que acaso sea la mas digna misión de la institución museal: no ser un templo “donde se habla más bajo que en la vida”, sino asumir con todas sus

consecuencias, la necesidad de hacer visible nuestra herencia simbólica, no como mero o frío registro, sino como testimonio sensible de sus mas privilegiados o elegidos aspectos, con la conciencia de que se trata de uno de los bienes mas altos de la singularidad de nuestra cultura.